

TRIBUNA | EUROPA Los autores subrayan que hoy la mayoría de los ciudadanos británicos se opone al divorcio de Londres y Bruselas, mientras crecen las dudas para llegar a un acuerdo, como se ha visto en la reunión del Consejo Europeo.

Brexit: un, dos, tres, responde otra vez

J. M. MICHAVILA / D. DE FERNANDO

EL PASADO 23 de junio de 2016 los británicos acudieron a votar en un referéndum que ha abierto en el Reino Unido la mayor crisis vivida desde la II Guerra Mundial. Tras dos años de una política que no mejoraría ningún guionista de sainetes, el país se acerca a la hora de la guillotina. Antes del próximo 29 de marzo tiene que haber logrado un acuerdo con los otros veintisiete países de la Unión Europea. No parece que esto vaya por buen camino. Y la realidad es que hoy nadie en las islas está contento. Ni los que quieren un Brexit duro, ni los que lo desean blando, ni los que no lo quieren, ni los que ni saben ni contestan. Tampoco lo están los conservadores, ni los laboristas, ni los liberal-demócratas, ni los del partido escocés, el galés o el irlandés. Y mucho menos lo están los votantes, de los que la mayoría dice que ni sabe lo que votaron ni para qué. El único que sí parece estar contento, incluso muy contento, es Donald Trump.

Esta vez el enemigo son ellos mismos, sin más ataques externos que los de su propio miedo a la inmigración. No se sabe todavía si los británicos se han disparado en los pies o, como muchos empiezan a pensar, en la cabeza. Desde la citada fecha, la libra ha llegado a perder casi un 30% de su valor, la Bolsa británica ha bajado más de un 20% frente a la Bolsa mundial, su economía ha pasado de crecer por encima de la europea o la estadounidense a hacerlo más de un 1% por debajo de ambas. El Banco de Inglaterra anuncia una caída del 4% del PIB tras el Brexit. Grandes empresas que crean mucho trabajo, como Eon, BMW o Nestlé, y grandes empresarios como Howard Marks han advertido a la primera ministra que no invertirán en el país en estas circunstancias. Más de 550.000 puestos de trabajo están amenazados; su principal industria, que es la financiera, está en estado de shock; y la sociedad, tremendamente dividida y en estado generalizado de ansiedad ante la

profunda y creciente incertidumbre sobre aspectos básicos de su relación económica con el resto del mundo.

Cada vez es más elevada y más real la posibilidad de que los británicos vuelvan a ser con-

vocados a un referéndum sobre su relación con la Unión Europea. El movimiento *People's Vote* que naciera como algo marginal empieza a tomar envergadura. La realidad es que el embrollado y a menudo patético relato de las negociaciones para su divorcio con la familia europea, está haciendo a la opinión pública británica reconsiderar una decisión que fue tomada por muy escaso margen y con argumentos muy fantasiosos que se están dando ahora de bruces con la realidad.

Son muchas las promesas que se proclamaron en la campaña, por parte de los políticos, que se han visto desmentidas. Como paradigma basta citar el recorrido político de quien fuera nombrado por Theresa May como ministro para el Brexit, David Davis. En la campaña del 2016 proclamó que «no habrá desventaja en el Brexit, únicamente una considerable ventaja». Ahora dice: «Todas las ventajas del Brexit se han desvanecido» y «no estamos preparados para apoyar un divorcio a cambio de nada». Davis se unió en 2016 a quienes calificaron el divorcio de un proceso fácil y sencillo en el que «ellos tendrían todas las cartas y podrían decidir qué camino tomar», pero al poco de ocupar el cargo dijo literalmente: «Nadie había pretendido nunca que esto fuera fácil. Yo siempre he dicho que esto será difícil, complejo y, en momentos, de enfrentamientos». Ahora que en ese sainete ha decidido pasar a hacerle la guerra a la primera ministra va y dice: «Los europeos obtienen todo lo que quieren y nosotros nada».

Según las encuestas, en estos dos años el porcentaje de británicos que no desea salir de la UE ha subido cinco puntos, pasando del 48 al 53%. Y esto no es sólo por el inexorable movimiento demográfico, que acredita que va falleciendo la cohorte de votantes que más se manifestó a favor de salir, los mayores de 70 años, mientras crece la de los jóvenes. Hoy hay 1.200.000 jóvenes que no pudieron votar en el 2016 y ahora sí lo podrían hacer, y el 73% de los jóvenes apuesta por no abandonar la Unión Europea.

Pero no es sólo el afanado trabajo de Caronte llevando votantes al otro mundo el que está cambiando el mapa social. En su ayuda acude sobre todo un dios que no necesita altar y al que echa mano todo el que baja de la fantasía a la realidad, el dios bolsillo. Ellos le llaman pocket, pero su religión es la misma: el bolsillo ni tocarlo. Muchos de los que votaron pensando en que su bolsillo lo amenazaban los inmigrantes y que por esto había que volver a alzar las fronteras frente a la Unión Europea, empiezan a ver que si Europa no les compra lo que venden entonces el daño a su bolsillo puede ser mucho peor.

Y es que resulta que ahora los británicos empiezan a darse cuenta de que con su Brexit han hecho lo contrario de lo que hicieron Adán y Eva. Cuenta el Génesis que cuando Dios creó a la primera pareja les dio el poder de ir poniendo nombre a los animales que se iban encontrando. Los ingleses ya tienen un nombre. Van a tener un Brexit. Lo que no sabe nadie es que vaya a ser ese animal, si va a ser un dinosaurio, o cocodrilo o un ratón.

Lo que sí piensa ya la mayoría es que sea lo que sea va a ser un mal divorcio. El 68% de los británicos piensa que el acuerdo que tiene que alcanzarse antes del próximo 29 de marzo va a ser un mal acuerdo. Sólo el 13% tiene la esperanza de que será un buen acuerdo, y sólo el 41% estaría insatisfecho si la solución final fuera permanecer en la Unión. Para unos el animal será demasiado grande, feroz o peligroso, para otros demasiado pequeño, inofensivo o manso. Por eso hoy ya el 45% de los ingleses cree que deberían contestar otra vez y solamente un 35% piensa que es una mala idea.

Un, dos, tres, responde otra vez. Aunque es cierto que, en el caso de que se optase por un nuevo referéndum, se debería tomar la decisión cuanto antes para cumplir con los plazos estipulados, se abre una nueva puerta en el llamado periodo transitorio, al que entre otros se refiere precisamente el artículo 123 (*un, dos, tres*) del Convenio para la salida de Reino Unido de Europa. Parece que si el 29 de marzo del próximo año se llegara a un acuerdo, éste sería lo más parecido a lo que algunos han llamado un Brexit ciego, es decir, un

cheque en blanco que otorgue de facto una prórroga de dos años para seguir negociando, una patada para adelante que deje sin resolver las cuestiones esenciales en el mejor estilo de la Unión Europea y de la verticalidad del fútbol británico. Incluso la fallida cumbre en Bruselas de los jefes de Estado y de Gobierno comunitarios que se acaba de celebrar ha dado un paso de gigante en esta dirección. De las palabras de Theresa May y de Juncker se deduce que la solución a no encontrar una solución va a ser no sólo tirar la pelota para adelante sino incluso llevar la línea de la portería más lejos, ampliando en un año más ese periodo transitorio. En este terreno de juego embarrado pero más largo, la opción de un segundo referéndum puede acabar metiéndole a los ultraconservadores un gol.

EL DESARROLLO de los acontecimientos está llevando a este proceso a lugares insospechados. Cuando se produjo el referéndum para la salida de la UE no se pensaba en ningún momento que se replantearía esa decisión; y ahora, a medida que se acerca la fecha límite para el acuerdo, más miembros del Parlamento demandan a la primera ministra una votación en referéndum sobre la resolución a la que se llegue, ya sea un acuerdo o una salida sin acuerdo de la UE, una vez que sepamos qué tipo de animal es el Brexit. El líder de la oposición Jeremy Corbyn le dijo en su última comparecencia en la Cámara de los Comunes que «pusiera al país por delante de su partido» y se enfrentara a las «temerarias voces» de sus mismos escaños conservadores. Cada día tiene más complicado Theresa May encontrar entre los suyos, los de enfrente, los escoceses, los liberal-demócratas, los irlandeses o los galeses un número de parlamentarios suficiente para aprobar cualquier acuerdo que lleve a la Cámara, si es que antes lo ha logrado acordar con la Unión Europea.

Tras el fracaso de la reunión nocturna del actual negociador británico, Dominic Raab, con Michel Barnier, el negociador europeo, la plataforma *People's Vote* ha convocado una manifestación para solicitar un nuevo referéndum que dé la palabra al pueblo. Veremos si esto sucede o no. Lo que con seguridad le va a suceder a los ingleses es lo que cuenta la leyenda le ocurrió al sobrado rey Tarquino el Soberbio con la Sibila de Cu-



RAÚL ARIAS

«Cada vez es más posible que los británicos vuelvan a ser convocados a un referéndum sobre la Unión Europea»

mas. La Sibila se presentó al rey con nueve libros de profecías. El monarca no quiso pagar el precio que la profetisa le pedía y ofreció un menor precio. Ésta aceptó el precio, pero destruyendo tres de los libros. El rey volvió a rebajar el precio y Sibila volvió a aceptarlo destruyendo otros tres libros. Asustado ante la posibilidad de perder estos tres últimos, el rey no se atrevió a rebajar el precio una vez más y acabó pagando por los tres restantes un precio superior al que pensó pagar por los nueve. No parece que Theresa May tenga el carácter de Tarquino, pero es posible que personajes como Boris Johnson le fueren a actuar de manera tan torpe como lo hiciera aquí.

José María Michavila y Daniel de Fernando son socios fundadores de Md Family Partners.